

Entrevista a Bernard Lavallé

Una larga vocación por la Historia y la docencia*

Interview with Bernard Lavallé: A long vocation for History and teaching

PEDRO M. GUIBOVICH PÉREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú

pguibovich@pucp.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0003-0681-5908>

RESUMEN

Esta entrevista a Bernard Lavallé trata acerca de su trayectoria académica y su producción científica. Lavallé rememora los inicios de su carrera docente y sus relaciones amicales y profesionales.

Palabras clave: *Bernard Lavallé, Historia andina colonial, peruanismo francés, historia social*

ABSTRACT

In this interview with Bernard Lavallé, we discuss his academic career and his scientific production. Lavallé recalls the beginnings of his teaching career and the friendly, professional relationships he formed.

Keywords: *Bernard Lavallé, Colonial Andean History, French Peruanism, Social History*

* En la elaboración de esta entrevista, conté con la ayuda y consejo de Gérard Borras.



Bernard Lavallé en el Instituto Riva-Agüero, 2022
(Foto: Gabriela Pérez)

Bernard Lavallé, profesor emérito de Civilización Hispanoamericana Colonial de la Universidad Sorbonne Nouvelle-Paris 3, es uno de los más destacados historiadores franceses de nuestros días, y autor de numerosos e importantes estudios sobre la historia de los Andes coloniales, en particular del virreinato del Perú. La producción historiográfica del profesor Lavallé es enorme y ha marcado sustanciales derroteros en el mejor entendimiento de la sociedad y el ejercicio del poder en siglos coloniales. Sus estudios sobre el origen de las reivindicaciones políticas de los criollos han sido uno de sus aportes más importantes. No menos valiosas son sus investigaciones sobre la lucha de los esclavos contra la esclavitud, el rol de las autoridades étnicas tradicionales en sus relaciones con la población nativa y los representantes del orden hispano, el clero a cargo de las doctrinas de indios, la rebelión contra el impuesto de la alcabala en Quito, las actividades mineras y sus consecuencias, y la emigración francesa desde el puerto de Burdeos a Chile y Cuba.

en el siglo XIX. En tiempos relativamente recientes, publicó las biografías de Francisco Pizarro y Bartolomé de Las Casas. La obra del profesor Lavallé se caracteriza por su rigor, y refleja, como pocas, su prolongada y fructífera vocación por la Historia y la docencia.

El profesor Lavallé ha desempeñado cargos en importantes instituciones de investigación de Francia: miembro del Comité Nacional del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), miembro del consejo científico del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), presidente del Comité ECOS Nord y presidente del consejo científico de la Casa de Velázquez, entre otros. Forma parte del comité científico internacional de la Maestría en Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú y en 2022, se le otorgó el doctorado *honoris causa* en nuestra Universidad.

[Pedro Guibovich] *En primer lugar, profesor Lavalle, gracias por aceptar ofrecer una entrevista.*

[Bernard Lavallé] Antes de todo, quisiera agradecerte por la idea de esta entrevista y organizar sus preguntas sugeridas a la vez por la amistad de varias décadas que nos une y las bien conocidas exigencias de tu espíritu crítico en cuanto se refiere a nuestro común quehacer histórico. En este tipo de intercambio, son inevitables, y muchas veces bastante reveladores, los hitos que podrían articular algo parecido a un ensayo de ego-historia, pero más interesantes, sobre todo de mayor alcance y significado, pueden ser las reflexiones del que contesta en lo referente a sus aciertos, a sus incertidumbres y tanteos, tal vez a sus decepciones e insatisfacciones, procedentes de experiencias a la vez largas y variadas. Las respuestas y desarrollos que vienen a continuación no tienen pues más pretensión que situarse en esas líneas de solidaria amistad y confraternidad gremial con aquellas y aquellos que los lean.

[P.G.] *¿Cómo surgió su interés por la Historia? ¿Hubo en su etapa escolar alguna influencia que orientara sus intereses hacia esa disciplina?*

[B.L.] Desde mis años de colegio, siempre me apasionó la Historia, indisoluble para mí de la Geografía. En casa, leía revistas mensuales

destinadas a un público amplio, pero con firmas nada desdeñables y a veces prestigiosas. Sin embargo, mis objetivos (o esperanzas) escolares eran de una naturaleza muy diferente. Quería ser veterinario o ingeniero agrónomo. Por razones en gran parte económicas, pero también porque tales perspectivas parecían situarse fuera de aquello de lo que yo podía razonablemente aspirar, mi familia me convenció de orientarme más bien hacia otro porvenir y así fue como opté (mejor dicho, optaron) por la carrera de maestro de primaria.

No viví este cambio de manera traumática o frustrante, pero significó para mí una reorganización de cómo veía, borrosamente, mi porvenir. Ingresé por concurso en una escuela de formación de maestros (las llamadas écoles normales) pero, sin decirlo, con la firme intención de que no sería (porque no quería serlo) el maestro de primaria con que soñaba mi madre, obrera costurera. En tal actitud no había de mi parte, ni mucho menos, desprecio por ese oficio muy reverenciado en mi ámbito familiar de obreros y artesanos cuyos integrantes no habían ido más allá de la escuela primaria, pero, sin duda, una especie de voluntad de reaccionar (¿de rebelarme?) negándome a lo que se me había impuesto.

Tuve mucha suerte. En esos años (finales de los 50 y comienzos de los años 60 del siglo pasado), el gobierno francés decidió poner en obra un vasto plan (con becas y para algunos inclusive pre-sueldos) de formación de profesores de enseñanza media, a la vez para responder a las necesidades del famoso *baby boom* de los años de la posguerra y para crear esas generaciones mejor formadas que las precedentes (mayoritariamente sin acceso a la secundaria) que iba a necesitar la modernización del país.

En función de las notas que sacaba y de mis gustos, se me presentaban dos opciones universitarias: la carrera de Historia o la de Español. La primera era con mucho mi preferida. Como prueba, diré que el último año de la secundaria estuve entre los galardonados de esa asignatura en el *Concours général*, una competición a nivel nacional. Ignoraba, por supuesto, que algunos años antes el ganador había sido un tal... Nathan Wachtel.

Sin embargo, no tardé en enterarme de que tendría que mudar de parecer. En aquella época, la licenciatura de Historia tenía un

componente ineludible (una cuarta parte) de Historia Antigua, entre cuyas pruebas figuraba la traducción de un texto en latín o en griego. Esto cerraba obviamente el paso a aquellos que, como yo, procedían de la entonces llamada secundaria *moderne*, esto es, sin estudio de lenguas clásicas, y que mayoritariamente procedían de medios más bien populares tradicionalmente ajenos a las humanidades latinas o helenísticas.

[P.G.] *Para las jóvenes generaciones de historiadores peruanos, el «hispanismo» francés no resulta un campo de estudio familiar; ¿Cómo lo definiría?*

[B.L.] Lo voy a explicar a través de mi caso personal. Fui, pues, nombrado por concurso élève-professeur para la carrera de Español en la universidad de Burdeos.¹ Diré que tal reorientación obligada no me pesó demasiado, dado mi gran interés por los estudios hispánicos, pero también por otro motivo. Desde algunos años atrás, la enseñanza de las lenguas en las universidades francesas estaba conociendo una verdadera mutación. A imitación de lo que hacían en Estados Unidos los departamentos de French, German, Hispanic Studies, etc., la enseñanza universitaria empezó a no centrarse exclusivamente sobre la lengua y su historia (la entonces llamada filología) y la literatura. Se fue abriendo a otros aspectos de esas culturas con lo que se llamó en Francia la *civilization*, por no decir la Historia, término que insistieron en conservar para sí solas las carreras universitarias de ese nombre. Las licenciaturas de lenguas pasaron, significativamente, a llamarse de Lengua, Literatura y Civilización extranjeras.

Los departamentos de lengua se dedicaron a esa reorientación de manera más o menos intensa y profunda en función de sus posibilidades y de los intereses de su cuerpo docente. Para los estudios ibéricos, en esa evolución, la Universidad de Burdeos tuvo entonces un papel pionero, bajo la influencia determinante de Noël Salomon, que además le dio un

¹ De paso, no tardé en enterarme de que también en la carrera de Hispánicas el latín era asignatura obligada, aunque no de manera tan tajante como en Historia, de manera que me vi en la obligación de cumplir, de todos modos y a la carrera, con una formación de latinista, de medianas aptitudes, eso sí, pero que nunca he dejado de agradecer, y por muchas razones.

giro netamente latinoamericano acorde con la importancia nueva y creciente del subcontinente en los intereses políticos y culturales de buena parte de la intelectualidad francesa de la época.² Él procedía del campo de la literatura del Siglo de Oro, pues su tesis de Estado³ había versado sobre los temas campesinos en el teatro de Lope de Vega, pero su tesis secundaria era el estudio de las descripciones geográficas castellanas del siglo XVI, lo cual es ya un indicio revelador. Pero hubo más. Salomon había conocido y apreciado en América a François Chevalier, a pesar de todo lo que los separaba desde un punto de vista ideológico. Cuando Chevalier regresó a Francia después de unos doce años en México, el ministerio le propuso ser incorporado en el departamento de Historia de la Universidad de Burdeos, pero se necesitaba el aval de los responsables de este. Se negaron, aduciendo oficialmente que su tesis, monumental y pionera, sobre la historia de los latifundios novohispanos, no entraba en las prioridades del departamento. En realidad, era sin duda porque Chevalier tenía un *cursus* universitario para ellos extraño, y tal vez dudoso. Su licenciatura había sido de Geografía, era egresado de la parisina École de Chartes (eso sí, prestigiosa, pero que formaba archiveros), y quizás sobre todo porque no tenía la *agrégation d'Histoire*, entonces considerada como el sésamo obligado para ingresar en la universidad.⁴

Así fue como, además de la formación de alguna forma clásica de hispanista que recibió (y celebro haber recibido), también asistió a clases de Salomon sobre, por ejemplo, la Ilustración en México y el *Periquillo Sarmiento*; de François Chevalier, sobre la historia de ese país de la Independencia a la Revolución, pero también sobre «comunidades y haciendas en los Andes». En efecto, por esos años, Chevalier era director (entonces no residente en Lima) del Instituto Francés de Estudios Andinos. Daré

² Lavallé Bernard, «Cuando el hispanismo francés descubría a América», *Actas del Iº encuentro franco-alemán de hispanistas*, Francfort/Main, Vervuet, 1991, pp. 63-74.

³ La tesis de Estado era entonces un doctorado específico, de preparación bastante larga, que se requería para poder ser candidato a una cátedra universitaria. Fue suprimido a mediados de los años 80 del siglo pasado.

⁴ La *agrégation* era, y es todavía, el concurso de reclutamiento nacional de más alto nivel para profesores de enseñanza secundaria

además un detalle que iba a ser capital. Chevalier había traído a Burdeos a un joven becario peruano deseoso de emprender una tesis en Francia y del que me hice muy amigo. Le reservaba siempre una parte de sus propias clases para que las completase o hablase de su experiencia de antropólogo sobre los temas que él exponía. Ese joven peruano se llamaba Heraclio Bonilla.

Si aproveché, pues, en Burdeos una coyuntura universitaria excepcionalmente favorable, no fui, ni mucho menos, el único «hispanista» de mi generación en seguir el tipo de camino que iba a ser el mío. Hubo otros que se orientaron hacia otras regiones de América Latina y del Caribe y privilegiaron, en proporciones variables según sus aficiones, los confines de la historia social, el estudio de las ideologías y las manifestaciones culturales, digamos, de la civilización, para retomar ese término oficializado.

Es de precisar que ya teníamos algunos precursores «hispanistas» que nos daban el ejemplo. Citaré aquí a dos de ellos. Joseph Pérez, que se estaba convirtiendo en uno de los mayores especialistas de la historia del siglo XVI español, y del que fui colega cuando empecé como *assistant* en Burdeos. Me ayudó bastante en la preparación de mi doctorado de Estado y finalmente fue mi director de tesis después del fallecimiento de Noël Salomon. El otro es inútil presentarlo en el Perú: se trata de Pierre Duviols, que entonces terminaba su gran trabajo sobre la extirpación de idolatrías.

[P.G.] *¿Nos podría comentar su experiencia como director de la Maison des Pays Ibériques de Burdeos?*

[B.L.] Creo que hay que explicar primero lo que fue la Maison des Pays Ibériques. En los años setenta del siglo pasado, el ministerio encargado de la investigación y de las universidades definió entre sus prioridades, la organización de los esfuerzos investigativos incentivando (y casi haciendo obligatoria) la creación de equipos y, en lo posible, la federación de equipos. El objetivo era optimizar los fondos que les eran atribuidos y promover el trabajo pluridisciplinario. En este sentido, los colegas de Toulouse habían sido pioneros con un instituto que años después

se llamaría de manera explícita Institut Pluridisciplinaire pour les Études sur l’Amérique Latine de Toulouse (IPEALT).

La MPI de Burdeos fue imaginada y hecha realidad gracias a los esfuerzos de Joseph Pérez a mediados de los años de 1980, para reunir y coordinar las investigaciones sobre la Península tradicionalmente bien arraigadas en la capital aquitana. Cuando a finales de 1988, J. Pérez se fue a Madrid para dirigir la Casa de Velázquez, prestigioso centro de investigación francés en la capital hispana, fui elegido para sucederle.

Para contestar la pregunta, diré que durante los años de 1989-1994 en que estuve a la cabeza de la MPI, en lo personal, he aprendido muchísimo por el contacto permanente con los proyectos de arqueólogos, juristas, geógrafos, economistas y especialistas de la cultura de los dos países de la Península. Pude también llevar a cabo varios programas pluridisciplinarios de cierta envergadura que acabaron de convencerme (si fuera necesario) de la gran utilidad de ese tipo de acercamiento multilateral y multifocal a los problemas del pasado como del presente.

La MPI tenía también una colección de publicaciones muy activa que llegó a editar una decena larga de libros al año. Me encontré, pues, confrontado, muy de cerca, a realidades editoriales que hasta entonces yo desconocía por completo, o quizás de las que, como muchos investigadores, hacía caso omiso, por no tomar en cuenta que la investigación no termina con la redacción de libros y artículos, sino que implica también su difusión y entrega a la comunidad científica. Tal experiencia me sería muy útil, más tarde, en la redacción de mis propios libros.

Recuerdo de manera muy entrañable esos años de actividad intensa y variada, aunque el marco geográfico que la definía se situaba en lo esencial fuera de mis investigaciones americanas. Debo confesar que, en lo posible, traté de lanzar puentes hacia América, gracias al Quinto Centenario, a programas sobre la emigración francesa a varios países latinoamericanos, a libros sobre Sevilla y a un homenaje nacional a François Chevalier con motivo de su 75.^º aniversario.

He dicho cómo durante esos años he aprendido mucho, pero debo aludir también a otros aspectos quizás no tan agradables, pero finalmente propios de todas las empresas humanas colectivas: las dificultades

del manejo de la política (y, a veces, politiquería) universitaria, la puesta en sinergia de intereses no forzosamente convergentes (y hasta a veces rivales), las sutilezas de las relaciones profesionales en el mundillo de las facultades, etc. Lo repito, de todo esto aprendí mucho, incluso de mí mismo, frente a los obstáculos.

[P.G.] *En los años 90 (1996 exactamente), usted pasó a ser profesor de la Sorbonne Nouvelle París 3. ¿Qué representó este cambio de institución?*

[B.L.] Durante los años 80 y la primera mitad de los 90, estuve plenamente entregado a la vida universitaria. Además de mis responsabilidades en la MPI, fui director de la enseñanza a distancia de mi universidad, dos veces decano, cuatro años vicerrector. En 1996, cumplí veintiocho años de docencia en Burdeos. No estaba cansado, para nada, de todo esto, pero sí sentía que en muchos aspectos me amenazaban las rutinas y más aun las facilidades engañosas que forzosamente estas conllevan. Poco a poco, se me fue concretando la idea de cambiar de universidad, opción por otra parte complicada por razones familiares. Me hicieron dos ofertas que finalmente rechacé porque mi objetivo no era irme por irme, sino abrirme nuevas perspectivas y, sobre todo, imbricar mejor, y más de lo que había hecho hasta entonces, mi trabajo docente y mis investigaciones personales que había proseguido, eso sí, pero como aparte de la vida universitaria. Por lo menos, era la impresión que tenía.

En 1996, se puso a concurso la cátedra de Civilisation de l'Amérique coloniale espagnole de la universidad de la Sorbonne Nouvelle que había sido creada para André Saint-Lu, prestigioso estudioso de la Verapaz lascasiana. Tomar la decisión de ser candidato me resultó más difícil de lo que imaginaba. Joseph Pérez acabó de convencerme, insistiendo en que el mundo universitario parisino, entonces con decena y media de universidades, era un mundo de otras dimensiones y potencialidades que el que había conocido en Burdeos donde solo había una. Un mundo sin duda más competitivo, pero mucho más abierto, con muchos más contactos y, sobre todo, insistió Pérez, donde las posibilidades de tener doctorandos eran incomparablemente mayores que en provincias. No se había equivocado. Así pasó efectivamente.

[P.G.] *Sus aportes a la historia del virreinato peruano son muchos y muy importantes, pero acaso uno de los más significativos ha sido el del estudio del criollismo ¿Cómo así llegó a interesarse por este tema?*

[B.L.] Mi acercamiento al criollismo colonial no ha sido un camino directo, pero no carente de lógica. Mi primer trabajo de investigación, que correspondería a lo que es hoy la tesis de maestría, se inició bajo la dirección de François Chevalier, que me aconsejó dedicarme a Guaman Poma de Ayala. Hoy podrá parecer extraño, pero entonces (mediados de los años 60), esa obra monumental y central solo había suscitado dos artículos, muy cortos y descriptivos, de un suizo llamado Georges Lobsiger. François Chevalier me hizo entender que había allí un campo abierto para futuras investigaciones de mayor envergadura. Mis lecturas de la *Nueva Corónica* me dejaron intuir, desde mi ignorancia por supuesto insonable, que así debía de ser. Terminé ese trabajo bajo la dirección de Noël Salomon, porque François Chevalier se había marchado poco después para dirigir la Casa de Velázquez en Madrid. Salomon me pidió un artículo sobre Guaman Poma, que fue el primero que publiqué. Aunque un poco más ambicioso que los de Lobsiger, era tan descriptivo como ellos.

Durante un año, dejé estancado el proyecto para dedicarme a aprobar la famosa *agrégation* (de español) y después lo retomé, pensando en lo que había de ser mi tesis de Estado. Abandoné rápidamente la idea de dedicarla a la *Nueva Corónica*. Se me hizo evidente que una investigación a fondo y amplia de esa obra y de su autor requería de manera insoslayable el conocimiento del quechua y del aymara, pero también del mundo que expresaban esos idiomas. Dicho de otra forma, para toda una serie de aspectos esenciales, yo no estaba nada preparado para entenderlos correctamente y avanzar en su estudio. En la Francia provinciana de aquellos años, dedicarme a aprender esas lenguas nativas era una empresa tal vez no imposible, pero que de toda forma iba a retardar considerablemente la realización de mi proyecto.

Opté, pues, por una tesis de Estado dedicada al Perú (Salomon insistía en que la hiciera sobre la Nueva España de finales del siglo XVIII) y le di tentativamente un título que parecería hoy tan estrafalario como presuntuoso por su amplitud que demostraba mi ignorancia de principiante,

razón por la cual lo omito aquí. Solo diré que quería establecer vínculos entre los condicionantes de las diversas sociedades que componían el mundo andino colonial y sus mentalidades (término entonces de ultra moda en Francia).

No tardé en darme cuenta, por mí mismo y gracias a las observaciones de varios colegas con más larga experiencia, de que yo tenía que escoger en ese vastísimo panorama que había imaginado un sector que a la vez fuera asequible y factible, tomando en cuenta las condiciones en las que yo intentaría realizar esa tesis. Dos fueron las consideraciones de peso que me movieron a afinar de manera definitiva mi proyecto. Como he dicho, mi ignorancia de las culturas nativas andinas me había llevado a abandonar mi primera idea. Al contrario, pensé, pues, que debía escoger un tema en el que me sería una ayuda decisiva la formación de hispanista que había recibido. Por otra parte, por esos años, André Saint-Lu defendió su tesis de Estado. Si, como he dicho, la tesis principal era un estudio de extraordinaria precisión sobre una época esencial de la obra de Las Casas, la tesis complementaria iba dedicada a *Condition coloniale et conscience créole au Guatemala* (1970), donde Saint-Lu analizaba con cierta brevedad, como se requería para ese trabajo, pues, *complementario*, una serie de actitudes, posicionamientos y proyectos a veces apenas esbozados que yo había vislumbrado también en mis primeras investigaciones sobre el Perú, algunos claramente identificados, otros de los que intuía su existencia. Como además Saint-Lu insistía sobre las especificidades del caso guatemalteco, indirectamente también me sugería pistas para el Perú. Ya mi decisión estaba tomada: dedicaría mi tesis al criollismo en las diferentes zonas del vasto virreinato de Lima para tratar de apreciar sus constantes, los matices regionales, quizás las diferencias.

[P.G.] ¿Qué nos puede decir de su relación con el medio académico peruano, y en particular con la Pontificia Universidad Católica del Perú?

[B.L.] Cuando llegué por primera vez a Lima, a comienzos de julio de 1975, el mundo académico peruano no pasaba de ser para mí una serie de referencias bibliográficas. El único historiador peruano que había conocido hasta entonces, fuera de Heraclio Bonilla, era

Germán Peralta Rivera, con quien había coincidido en el Archivo General de Indias. Un colega mío, Maurice Birckel, ex becario del IFEA, me aconsejó entrar en contacto con dos conocidos suyos, Franklin Pease G.Y. y Margarita Guerra. A los dos días de llegar, los fui a visitar; a Franklin en la universidad y a Margarita en su oficina del Instituto Riva Agüero. Los dos me recibieron con una gentileza que no olvidaré y que con el tiempo se transformó en verdadera amistad. Fue para mí muy alentadora en un momento en que me encontraba algo perdido. Su apoyo me abrió muchas puertas, más tarde me ayudaron para publicar artículos y después, libros. Sobre todo, después, siempre que volvía a Lima, me recibían con gran disponibilidad en la PUCP y en su casa. Me permitieron así conocer a nuevos y, en general jóvenes, colegas de la PUCP gracias a los que pude ver las evoluciones, nuevas orientaciones y novedades del trabajo histórico en el Perú; y gané entrañables amigos en un ambiente universitario en el que, gracias a ellos, no me sentía extraño y menos aun después del doctorado *honoris causa* que generosamente la Universidad me otorgó hace unos años.

Como hablo de mi «toma de contacto» con el mundo académico peruano, debo decir que en paralelo con lo que acabo de recordar, por las fechas de mi primera llegada a Lima, Germán Peralta vino a pasar un tiempo en el Perú. Yo vivía entonces en la casa de su familia que me había acogido con gran generosidad y así fue como entré en contacto con otros jóvenes investigadores peruanos. Entre muchos, recordaré a Manuel Burga, Alberto Flores Galindo y Wilfredo Kapsoli. Perdón por no citarlos a todos, porque cada uno a su manera, y en su diversidad, constituyó un aporte decisivo para mi conocimiento de la historia y de la realidad del Perú. A todos les debo muchísimo.

[P.G.] Usted ha incursionado mayormente en la historia social y la historia política del virreinato peruano del siglo XVII. ¿Cómo entender esta particular atención a ese siglo y a ambas perspectivas?

[B.L.] Mi respuesta a una pregunta precedente ha contestado en parte. La formación universitaria «hispanista» que se impartía entonces estaba esencialmente adosada al estudio del Siglo de Oro, de su literatura,

de su historia, de sus peculiaridades y evoluciones lingüísticas. Por lo que se refiere al criollismo (sobre todo el de los conventos que constituyó el meollo de mi tesis), si bien sus primeras manifestaciones surgieron a finales del siglo XVI, fue una afirmación y un movimiento que se inscribieron y desarrollaron esencialmente a lo largo de la centuria siguiente. De ahí sin duda, la impresión que tú señalas. Pero quiero provechar esta oportunidad para decir que, quizás por alguna impronta de mi primer proyecto de tesis demasiado ambicioso y no factible, desde el inicio, nunca consideré mis investigaciones sobre los criollos como un fin en sí, dicho de otra forma, como el único objetivo de mi trabajo. Este objeto de estudio siempre fue para mí primordial, eso sí, pero con el convencimiento de que no era más que un elemento del gran rompecabezas que con mis modestos medios trataba de comprender y de hacer comprensible.

Siempre consideré mi tesis como la parte visible de un trabajo de fondo más complejo que solo se reveló cuando ya terminado (y de alguna manera digerido) el *pensum* universitario, me interesé por otras épocas que el XVII y otros temas que, aparentemente, no tenían nada que ver con el criollismo. Esas épocas y temas, sin embargo, ya los había cruzado a lo largo de los años anteriores y los tenía más o menos configurados, desde tiempo atrás, entre lo a que, según intuía, me dedicaría algún día.

[P.G.] *En la actualidad, parece prevalecer entre algunos estudiosos la práctica de soslayar la consulta y lectura de las fuentes primarias. No faltan quienes no hacen sino repetir, cuando no glosar, las opiniones de otros «autores consagrados». Peor aún, el trabajo en el archivo parece desalentar algunas vocaciones por la historia colonial, porque la lectura de textos coloniales demanda poseer competencias paleográficas y estar familiarizado con determinados tipos documentales y usos de un lenguaje que no es el nuestro. Usted que tiene una larga e importante experiencia en los archivos españoles y peruanos, ¿cómo valora el trabajo de investigación en dichos repositorios?*

[B.L.] No sé hasta qué punto la actitud a la que aludes sea propia de la actualidad. En la medida en que todo trabajo histórico debe estar al tanto y se nutre, para seguirlos o criticarlos, de los que le han precedido

siempre ha sido, creo, una tendencia, o por lo menos una realidad, según los casos, más o menos encubierta o asumida. Tal vez más discutible me parece la «manía» de argumentar y organizar un trabajo en base a una o unas citas de «autores consagrados», como si fuera, perdón por la expresión, palabra del Evangelio, con el riesgo de hacer encajar a veces a la fuerza, con posibles (y probables) distorsiones lo estudiado con lo que los llamados vulgarmente *popes* del gremio han escrito sobre otras épocas, otras situaciones, otros problemas.

La lectura de los maestros que nos han precedido y de los colegas de hoy es imprescindible. Su enseñanza es insoslayable, pero no se debe utilizar nunca mecánicamente. Me parece más útil y provechosa como modelo de acercamiento a los problemas, de tratamiento de los procesos que como tablas de ley de indispensable cita y copia para afirmar resultados, dando pruebas de que uno está en la onda. Hasta a veces puede no ser más que seguir una moda o, sin que el utilizador esté claramente consciente de ello, cumplir con los esperados homenajes a tal o cual reparto del poder universitario.

La segunda parte de la pregunta se refiere al trabajo en los archivos. La tendencia de la que hablas en cuanto a una reticencia, a veces notable, de ciertos investigadores jóvenes ante el trabajo en archivos es una realidad general. Identificas sus razones principales. Quizás haya otras relacionadas con evoluciones globales de la sociedad moderna que priorizan la obtención de resultados rápidos y tienden a buscar las vías de realización más fáciles.

Para el historiador, el trabajo en archivos oficiales y en bibliotecas, que a veces son también archivos, o en fondos documentales (cuálquiera que sea su naturaleza) hasta entonces no identificados y estudiados, no es lo único exigible, pero sí el trabajo central, insustituible y estructurador de toda investigación. En los archivos, están lo nuevo, las explicaciones, la inacabable, esclarecedora y a veces afortunadamente sorpresiva diversidad de la realidad. En un trabajo de archivos, se busca algo. El investigador está centrado sobre su tema, pero leyendo papeles y testimonios sobre otros aspectos aparentemente desligados de lo que investiga, nutre su visión y su comprensión de los actores, les da carne y hueso, los inserta

en su mundo, entiende mejor sus pensamientos y aspiraciones, deja de considerarlos como seres significativos, eso sí, pero aparte, para pensarlos y reconstituirlos como elementos significativos del rompecabezas de su tiempo y de su tierra.

[P.G.] *El gran historiador Alberto Flores Galindo, quien usted conoció y trató personalmente, alguna vez escribió que la experiencia del historiador en el archivo era intransferible. ¿Opina lo mismo?*

[B.L.] Muchísimas gracias por recordar a la bella y gran figura de Alberto Flores Galindo. Me unió a él una amistad entrañable pero también una gran admiración. Múltiples fueron las cualidades excepcionales que demostró a lo largo de su vida desgraciadamente trunca. Como historiador, quisiera insistir sobre dos: su extraordinaria capacidad para problematizar y la plasticidad de su inteligencia para aliar en sus exposiciones su gran formación teórica (e ideológica) con la riqueza de los resultados de su acucioso trabajo en archivos. ¿Es intransferible la experiencia del historiador en el archivo, como él afirmó alguna vez? Es cierto que, durante las horas de lectura en los repositorios, la visión del pasado que adquiere el historiador no está formateada como en la lectura de un libro donde consciente o inconscientemente es dependiente de las estrategias y tácticas del autor. De allí, posiblemente la afirmación de A. Flores Galindo en cuanto a esa peculiaridad absoluta del contacto directo con los documentos, de esa angustia y esperanza ante lo desconocido, de esa extraordinaria fruición ante lo descubierto que viene a confirmar intuiciones, de las decepciones a lo largo de días sin resultados y, por esto, anunciantes quizás de necesarias reconsideraciones personales.

¿Una experiencia intransferible? Tal vez habría que matizar, pues pienso que el trabajo del historiador es tratar, en lo posible, de transferir, de compartir esas experiencias, de hacer que su libro o su artículo dé cuenta de ellas y pueda transmitir a los lectores la comprensión razonada de procesos o situaciones, pero también de esa especie de exaltación controlada que se experimenta en el descubrimiento de novedades o de claves para el conocimiento y entendimiento del pasado.

[P.G.] *El trabajo de historiador demanda una enorme dosis de disciplina y tesón. Esto parece haber cambiado en nuestros días. Encontramos que hay muchas fuentes primarias de los siglos XVI, XVII y XVIII digitalizadas y colgadas en plataforma. ¿Cree usted que esta forma de acceder a la documentación reemplazará el trabajo en el archivo?*

[B.L.] Efectivamente, esta es una de las mayores diferencias con lo que conocimos antes. La digitalización es una de las grandes novedades de nuestra época y es una suerte extraordinaria para los investigadores de hoy. Primero, en lo que se refiere a los recursos bibliográficos, permite un acceso directo a un sinnúmero de referencias, pero también de libros enteros que antes eran difíciles de consultar y que ahora las grandes bibliotecas nacionales permiten leer sin tener que desplazarse. Lo mismo para los artículos de las revistas que a menudo han colgado sus colecciones completas y también para muchos libros que antes, por razones diversas, habrían tenido (o tuvieron) solo un lectorado muy restringido. En cuanto a los archivos, el hecho de que los grandes repositorios hayan digitalizado y colgado series completas significa para los investigadores un ahorro de tiempo (y de dinero) considerable, sobre todo, pero no exclusivamente, para los principiantes.

Ahora bien, esto no significa de ninguna forma un posible final del trabajo en archivos. La enormidad de los grandes acervos documentales hace que la perspectiva de digitalizar todos sus fondos dista mucho de realizarse todavía, y por mucho tiempo sin duda. Pero hay otro aspecto. Durante décadas, la investigación histórica se nutrió, a veces casi exclusivamente, de esos grandes archivos. Afortunadamente, después ha surgido la necesidad de consultar otros mucho más pequeños pero ya insoslayables para los historiadores, cuyos estudios son cada vez más precisos, detallistas y no pueden contentarse ya con lo que nos dicen los grandes repositorios, cuyo material se sitúa muchas veces a un nivel de referencia que es absolutamente necesario completar con una documentación más «fina», más directamente conectada con los individuos o los procesos analizados. Pienso en los archivos regionales, locales, parroquiales o de conventos, los de gremios, instituciones religiosas o laicas y de familias, en lo acumulado por los coleccionistas, etc. Tampoco

es de olvidar que el trabajo del historiador consiste también en encontrar nuevos archivos, nuevas fuentes, desconocidas, olvidadas, sin hablar de los documentos extraviados y traspapelados.

[P.G.] *Si tuviera que hacer un balance de su producción historiográfica, ¿cuáles cree que han sido sus aportes más significativos?*

[B.L.] Es obviamente muy difícil responder a esta pregunta. Incluso puede parecer algo presuntuoso contestarla. Supongo, digo supongo, que mis investigaciones sobre el criollismo han marcado un hito en el acercamiento a aspectos fundamentales del proceso ideológico-social de la Colonia. Afortunadamente, en las últimas décadas han sido por supuesto profundizados y completados por trabajos tan interesantes como novedosos de colegas cuyo mérito, entre otros, ha sido de dar de dicho criollismo una visión más rica, diversificada y amplia.

Para contestar, añadiré dos puntos. El primero es que existe hoy en internet empresas que se dedican a ofrecer a los investigadores la posibilidad de conocer quién, dónde y cuántas veces le han citado. Gracias a amigos expertos en informática, se me ha dado la oportunidad de enterarme de cómo mis publicaciones aparecían en esos sitios. He notado que muchas de las referencias que me concernían aludían a libros, ponencias o artículos míos que no estaban directamente relacionados con el mundo criollo colonial, sino con otros aspectos que he ido tratando a lo largo de los años: relaciones de pareja o de padres e hijos, cuestión de la búsqueda de la libertad por los esclavos de origen africano, problemas internos de la Iglesia, manifestaciones de las sensibilidades y emociones colectivas, perturbaciones del orden público, jefes étnicos y justicia indígena, etc. Son temas a los que me acerqué, para algunos de ellos, gracias al azar de mis andanzas en los archivos del Perú o del Ecuador y a la mera curiosidad, pero que traté todos como elementos reveladores, como puntas de icebergs, de ese gran proyecto con el que soñé de manera ilusoria en mis años de principiante.

Terminaré con otra observación. He escrito varios libros de un género con cierta difusión en Francia y en España, libros de Historia publicados por grandes editoriales comerciales, destinados a un público más bien

culto, pero sin preparación particular sobre esos temas, y en los que los autores tratan de aliar lo que han ido acumulando en sus investigaciones especializadas con una presentación que las haga asequibles y atractivas para un número de lectores bastante más amplio que el de los trabajos universitarios. He constatado que esos libros míos habían sido citados en trabajos más específicamente científicos, y debo confesar que para el profesor que fui es particularmente alentador pensar que a veces me he acercado a ese equilibrio capaz de satisfacer lectorados muy diferentes.

[P.G.] *¿Usted considera que el «hispanismo» y la historia colonial son disciplinas complementarias?*

[B.L.] Si se entiende por «hispanismo» el estudio de la lengua y «civilización» españolas por estudiosos que provienen de otras áreas culturales, puede ser efectivamente una ayuda notable, pero no creo, ni mucho menos, que sea un paso obligado. El recorrido formativo de muchos historiadores extranjeros especializados, por ejemplo, en los Andes lo demuestra ampliamente. La ayuda a que aludía es por supuesto más importante para aquellos que se dedican a investigaciones de historia cultural y política, que trabajan esencialmente en base a análisis de discursos.

Se podría pensar que un acercamiento a la historia andina a partir del «hispanismo», tal como lo he definido, corre el riesgo de orientar sobre todo hacia temas más bien relacionados con la impronta hispana en la sociedad americana, de sobrevalorarlos y consecuentemente de no tomar en cuenta cómo se debe los otros componentes nativos o subalternos. Dicho de otra manera, ese enfoque podría caer en los efectos reduccionistas que se han podido reprochar a lo que, a comienzos del siglo XX, en el Perú se llamó también, pero en otro contexto, «hispanismo». Contestaré a esa objeción recordando que, en el caso de los «hispanistas» franceses más relevantes que han trabajado sobre el Perú, sus estudios han versado, para citar a los principales, sobre la religión indígena (Pierre Duviols), etnolingüística quechua (César Itier), etnomusicología y cultura popular (Gérard Borras) y esclavitud (Jean-Pierre Tardieu).

[P.G.] *¿Qué recomendaciones metodológicas daría a los jóvenes estudiantes que recién empiezan a incursionar en el trabajo histórico?*

[B.L.] Muchas gracias por no pedirme consejos; y más que recomendaciones, me contentaré con observaciones nacidas de mis experiencias investigativas y del trabajo de asesoramiento a decenas de tesis. Primero, he observado a menudo que los candidatos a doctores están de alguna manera como «invadidos» por su tema. Esta especie de obsesión, muy comprensible, les hace olvidar algo fundamental: el tema que estudian existió en un contexto, en una sociedad y en un momento determinados. Demasiadas tesis se ciñen con exceso a su título y sufren de un tratamiento que las reduce a no ser más que meras monografías, tal vez valiosas, pero que carecen de la necesaria contextualización sin la cual los procesos analizados no pueden ser enteramente entendidos ni valorados dentro de una globalidad que permite ponerlos en una perspectiva significante.

Esta exigencia obliga a trabajar un tema y a acercarse a él, cualquiera que sea, de dos maneras al mismo tiempo: colocándolo de modo convergente en el centro del estudio, con un enfoque detallista, lo más preciso posible; pero también tratando de relativizarlo, de apreciar su impronta exacta y solo relativa, en la sociedad que lo vio surgir y desarrollarse. Dicho en pocas palabras, no puede haber trabajo histórico sobre un proceso, una realidad, un individuo o un grupo de individuos sin una preocupación y una atención constantes al contexto en que vivieron o tuvieron lugar. Esto tiene dos consecuencias. Toda investigación se nutre de las que otros colegas llevaron a cabo sobre temas más o menos afines. El estudio lo más completo posible de la bibliografía es por consiguiente indispensable y el trabajo en el archivo, del que ya se ha hablado, debe ser sistemático. No se puede contentar con sondeos o reutilizar documentos ya señalados por otros investigadores. Solo así puede emerger el sentido y alcance de un trabajo sobre una época y una sociedad que quiere y espera, como le incumbe, ser novedoso.

En la continuidad de lo que acabo de decir, quisiera añadir otra observación, y con ella terminaré esta entrevista que te agradezco de nuevo, deseando a los jóvenes historiadores mucha suerte y que disfruten plenamente su trabajo investigativo. Creo absolutamente indispensable

que la nueva generación de historiadores enfoque sus investigaciones tomando en cuenta las necesarias comparaciones con lo que pasaba, sobre el tema estudiado, en otras regiones del eximperio español, o del mundo. El comparatismo en historia debe ser una prioridad. Hasta ahora, en la práctica ha sido mayormente dejado de lado. No merece la pena enumerar las razones de índole diversa por las que ha sido así. Afortunadamente muchas de ellas, en particular gracias a las nuevas posibilidades de investigación de las que hemos hablado, ya están superadas y no pueden servir más de coartada.